

SECRETER

CUARTA DE FORROS

Travesía por paisajes interiores y terrestres, parábola del amor en plenitud y naufragio, estos prosemas nos conducen por senderos donde se escancian a diario dolor y éxtasis, sabiduría y perdición.

Un tenue, casi invisible hilo narrativo, trasunta un ámbito a la vez erótico y místico, cuyas circunstancias esbozan una Ella y un Él paradigmáticos, que transitan enlazados por el imán de una pasión irremediable.

El trayecto va desde las ciénagas donde a veces florece el sexo hasta lápidas y sagrarios profanados por el ímpetu de la perversión, desde las utopías de los sueños hasta los abismos del olvido, desde las luminosas vastedades planetarias hasta la penumbra en trance de los conventos, desde los bodegones especiosos hasta las abstracciones metafísicas.

Itinerancias, vagabundias, transfiguraciones, antiguallas, resacas, soliloquios, aguafuertes, salmos penitenciales que son en realidad cánticos celebratorios de la perra vida.

Eduardo Lucio Molina y Vedia

Secreter, taller de los milagros

Al morir José Gortostiza varias mujeres de su familia tuvieron casi simultáneamente el mismo sueño: la puerta clausurada o entreabierta de una habitación mágica e inaccesible del poeta, donde se atesoraban indecibles maravillas, no se sabe si de naturaleza material o espiritual, quizá porque el universo de lo onírico omite o desdeña tales categorías.

El escritorio plegable de mi abuelo filólogo, con sus cajoncitos, llaves y tarjeteros, fue el único mueble realmente misterioso de una casona llena de antigüedades. Secreter secretor de secretos, sagrario del íntimo intelecto, fue más que un mueble; sentarse ante él, jugar a ser su amo, era ingresar al ámbito de lo fascinante.

Nada cuesta entender que la trastienda de la poesía posea un suntuoso poder persuasivo, un aura más allá de las ideas, palabras y formas que entorpecen la vigilia. Recintos encantados, casilleros del ensueño, gavetas de fantasía, talleres del milagro donde se urde el enigma de la metáfora, esos subterráneos de la conciencia son capaces de las más altas iluminaciones.

En el escritorio o secreter, en el estudio que lo contiene, es donde nos atrevemos a simbolizarnos, a estar con nosotros mismos, a reflejarnos en el espejo de los destinos para remover y descubrir raíces que nos constituyen.

Es a esos tesoros ignotos, pero irresistibles, como las peores y más riesgosas tentaciones, adonde nos invita a asomarnos este nuevo libro de Iliana Godoy .

Abrirlo y transitarlo será una aventura de la emoción y el pensamiento. Equivaldrá a sentarse con ella a conversar con esos yo trashumantes, transgresores y ocultos que todos llevamos dentro, y que a menudo nos tocan el hombro desde atrás sin que les hagamos mucho caso, para decirnos que las cosas no son así sino de otro modo, que hay una existencia más verdadera que la realidad lata, lisa y llana de lo cotidiano.

Testimonio de vida vivida con cuerpo y alma hechos construcción y fluir de la palabra, como toda la obra de la autora, nos entrega momentos, estaciones de intensidad, capaces de inaugurar ventanas en el tiempo circular de los relojes.

Travesía por paisajes interiores y terrestres, parábola del amor en plenitud y naufragio, estos prosemas nos conducen por senderos donde se escancian a diario dolor y éxtasis, sabiduría y perdición.

Un tenue, casi invisible hilo narrativo, trasunta un ámbito a la vez erótico y místico, cuyas circunstancias esbozan una Ella y un Él paradigmáticos, que transitan enlazados por el imán de una pasión irremediable.

El trayecto va desde las ciénagas donde a veces florece el sexo hasta lápidas y sagrarios profanados por el ímpetu de la perversión, desde las utopías de los sueños hasta los abismos del olvido, desde las luminosas vastedades planetarias hasta la penumbra en trance de los conventos, desde los bodegones especiosos hasta las abstracciones metafísicas.

Itinerancias, vagabundias, transfiguraciones, antiguallas, resacas, soliloquios, aguafuertes, salmos penitenciales que son en realidad cánticos celebratorios de la perra vida.

Eduardo Lucio Molina y Vedia

SECRET

ILIANA GODOY

MÉXICO, 1999

MARISMA

Las pasiones desembocan al mar.
Allí estallan o se curan,
allí los poseídos por el fuego
encuentran el poder que rebasa su incendio:
Oleaje continuo capaz de sofocar
desde la primera chispa,
hasta la última reverberación.

El mar azul de venas, corazón desflorado,
es un reloj de espuma que disuelve
el pulso ebrio.

Enlazados sobre el lecho, húmedos,
transmutan el sudor que los impregna
en sal purísima cristalizada al sol.

Evitan despertar;
sueñan una gran burbuja
que al rodar en el viento los traslade a la playa,
y allí junto a la arena los libere.

Al transcurrir las horas
la piel reconoce los pliegues de las sábanas
y el olfato se abre a un olor mineral casi olvidado.

Se remontan a un mediodía de lentos arcoiris,
cuando él, extenuado,
abrazándose a ella,
al sentir la descarga de la realidad
derramara su río caliente
sobre el nudo de los cuerpos.

Aquel torrente interior,
preso aún, multiplica corales terrestres.

Nube ácida y nocturna,
bajo el vuelo matutino de las sábanas
precipita una isla de contornos oxidados.
Miraban agitarse velas rotas

cuando el viento corría por la ventana.

Su deseo de mar imprimía litorales
en la cal de los muros, en el techo.

Juntos, sin darse cuenta
iniciaron un túnel desde la superficie del espejo.

Era el túnel del beso.
Su intrincada escultura había fraguado,
más allá de las bocas,
un caracol de espacio sin aliento.

Allí en la luz virtual,
en el reflejo móvil de la orilla.

Compartir el mar es la obsesión oculta,
sentencia nunca pronunciada,
pacto sanguíneo urdido
por dos lunas menguantes sobre la luna nueva.

Uno a otro se marcan
una cicatriz roja en la muñeca;
incisión que mezcla reinos
y vuelve a coagularse,
de la sangre a los huesos,
en pulsera punzante,
en látigo de sol.

Prometían viajar juntos, visitar el museo de Van Gogh;
hablaban sin futuro.

Recorrían la pecera hermética del cuarto,
y caían
abrazados
tras el grito.

Una gaviota riza la piel del agua,
huye el pez entre vísceras de seda.

Su desnudez dorada ceñía al cuello un pañuelo blanco.
Bajo el anillo deslumbrante todo era fuego.

Su corazón de pájaro latía
dispuesto a desbocarse en orgasmo y sollozo,
hasta ser pincelada transparente
en la primera luz.

La gaviota cruza la ventana,
cruza el espejo; acaso llega al mar.

LÁPIDAS

1

Se deslizaban por arterias de nácar;
presentían, a través de toboganes tersos, la aproximación
del yunque y el martillo que los ensordecían.

Percusiones, rasgueos, estridencias:
Carmina Burana orgiásticos y tabernarios.
Volcán que al escupir
salpica la blancura.

2

Por aquella catacumba los amantes transitan hacia la estrechez
de un intestino muerto, perlado de estalactitas.

Ella siente tras de sí la embestida
que busca hendir su carne entre la ropa;
se apoya contra la cripta,
siente en su rostro la frialdad del mármol.

Los embates arrecian,
jadeo y gemidos borran
un antiguo epitafio.



VADE RETRO

El cuchillo conserva
la cutícula opaca del antiguo deleite.

Aquí, en cuerpo presente te convoco.
Todo está igual, y nadie lo creería:
ascienden desde el piso lenguas azules,
que incendian como entonces nuestro abrazo.

Aquí, los mismos fantasmas.

Nada envejece, sólo el cuerpo persiste en vicios rutinarios.

Hoy, como entonces, subo la escalera.

Ahora vengo sola, sin urgencias.

Escribo y todavía me estremezco,
al escuchar las llaves y los pasos,

que, me repito,

no serán los tuyos.

Te gané la partida y tú lo sabes,
porque olvidaste recoger los pasos.

Aquí estás, a merced de mi llave maestra.

Detrás de la pintura, tantas veces renovada desde entonces,
descubro, todavía,
antiguos medallones que labramos.

Es fácil ser poeta, y difícil ser hombre - ya lo dijo Bukowsky - lo difícil,
más aún, lo imposible
es el olvido.

Si no hay futuro, déjame soñarte,
cuidar mi enfermedad morbosamente.
Voy a ser cursi a solas.

Tejimos juntos alguna vez un sueño,
y esa hebra tan frágil me ha bastado
para urdir la telaraña más perfecta,
donde quizás tú mismo estorbarías.

Perversión de la cripta donde muero a ratos y me observo danzar
ceñida a tu cintura,
en vórtice infinito que retorna
siempre a su centro.

Por más que te conforten paraísos de plástico;
aunque tu piel intacta no presente un rasguño,
y tengas cada día una nueva evasión,

sabes que estoy aquí,
para volver.

La gente sigue liquidando sus íntimos infiernos
provisionales.

Ellos viven de paso, ansiosos sueñan
y todos van y vienen.

Cruzan las mismas puertas.

Yo me encierro y a nadie le confío
que tengo en mi poder
todas las llaves.

Finalmente ha valido la pena.

No supe a qué venía; es absurdo abolir tantos años,
pero hoy que abrí la puerta vi en el muro
la otra mitad oculta de mi sombra.

Reitero: estoy aquí para que nunca vengas.

Si algo espero de ti es que no regreses.

Podrías perturbar a tu fantasma.

Es bello como tú nunca lo fuiste.

ITINERANCIAS

1

Se respira el crujido del cañaveral muerto.
La lentitud desova sus arenas
y traslada un volcán a nuestras manos.

La lente del paisaje es tan azul
como la bóveda solar sobre el camino angosto.
Es el túnel secreto de la muerte más pura.
No lo digas, y siente
el tumbo de las piedras que nos retienen,
vulnerables al rastro
de todas las caídas.

2

Viento de espinas, túnica de parálisis,
los poros de la piedra son cuencas donde se hunde el anagrama.

Reconoce la piel su vocación de cáliz y se desnuda abierta como un río.

Cuánta sed tiene el polvo.

De las fosas emergen los bienaventurados
sin alcanzar el néctar que los ángeles vierten.

El vino es cruento y su leyenda invoca
el traspíe que seduce a todo mártir.

3

A fuerza de abstinencia las ancianas soldaron su esqueleto;
sólo les resta el compás indispensable
para anclar la vigilia.

Cuando el cenit arrecia, su galope doblega todo peregrinaje.

La más frágil tropieza;
levantamos su cuerpo anquilosado.

En su gesto de ceniza
dos goterones rojos resplandecen .

4

Mi corazón de piedra, pendiente sobre el pecho, bambolea si camino,
late fuerte agobiado por el sol,
se dilata y a punto de sangrar,
le inyecto la corriente
de una sonrisa helada.

5

Yo velaré en el viento que traspasa tu camisa,
repetiré incansable tu señal, grabada en la memoria del paisaje,
hasta hacer que la luz me confunda contigo y me entregue la clave
del reflejo que engendra tu mirada.

6

No puedes disolverte; el cuerpo pesa
y se arrellana sórdido en el quicio de nadie.

Te derrumbas y caes sobre el suelo,
que, piadoso, interrumpe
la sinfonía etérea de la luz
para alojar tu lastre.

Las nubes insensatas, como siempre,

se pavonean y nunca
dan la mano.

7

Es demasiado obvia la cascada, tiempo líquido que no convence a nadie.
Preferibles las botellas,
petardos de la prisa,
sin disimulo adictas al muladar;
abyectas, fermentadas, respetuosas,
saben cuando alejarse.

Si se rompen liberan, magnifican el grito.

8

Míralos de una vez flotar sobre petróleo envenenado,
protegidos por látex y vinilo. Siempre al margen de toda decisión,
usurpan el silencio que a nosotros
nos cuesta la catástrofe.

9

Rampa de humo para fugar la avidez, revélame los pozos de la nada
en un vacío mayor que el de quien duerme
entregado a su recurrencia muda.

En absoluto desamparo la flor tiembla
desde su insoportable plenitud.

10

En mis ojos cerrados se desdobra el color. La blancura es pantalla
que recorta vuelos
y un cuadrado de púrpura succiona
el desfile de nubes
vedadas a mi vista
ahora y siempre.

19

11

En pañales de nube, cabriolas, y un despertar de piel
entre agudos pinares.

En desbordante espuma de cerveza levitan los montes.

De pie la carretera para escalar el sol.

12

Soborno de arcoiris, trepidación azul.

¿Cuánto tiempo arderá la incandescencia en la cumbre del día?
alguien tiene que abrir el silencio, horadando una pausa
en la devoración,

porque ni tú ni yo podemos.

13

La más perfecta meditación:

en mis manos tu pelo, multiplicando infinitas variaciones de sí mismo.

14

Exhausta de contorsiones la telaraña suelta sus garfios
pero no cae,
oscila
como un péndulo.

|

21

FRAGMENTOS

Hoy extraño mi muerte.
Azul y anfibia piedra donde hierven tus lágrimas.

Se calcina la hierba y el oxígeno ahoga.
Esta aceleración arrecia en su distancia quemaduras de odio.

Asciende nuestra ausencia por la rampa del sol
borrando el límite,
insoportable blanco de los ojos
vacío en lenguas de fuego
al nacer devoradas.

Sólo podemos recomenzar
Nuestra ruina rebasa cualquier derrota

Mutílame, bórrame, constrúyeme de nuevo,
dame la última gota de tu hiel,
eternidad .

Una mirada,
rayo de la muerte que finge lo absoluto.

Negados a la piedad nos obligamos a vivir de tedio,
que no es hambre ni sed sino condena.

Antes,
después de mirarnos
idénticos desiertos a deshoras.

TRANSFIGURACIONES

PUERTO ESCONDIDO

El negro tenía las manos limpias.
Tendida boca abajo, lo sintió arrodillarse junto a ella.
Las manos lunares, mitad luz, mitad sombra,
evocaban eclipses y espejismos.

La brea se fundía entre palmas de nácar
que cerrando sus valvas oscuras
escurrían un brillo seminal
sobre el cuerpo de estrella derramada.

En círculos, las manos confinaban una cascada en fuga.

Al conjuro de óleo y alas negras la atmósfera tomaba aires de invocación.

Un ave nocturna
extraía de la carne
vidrios rotos,
huevos larvarios,
listones de humo,
hasta que fluyó el sueño sin fronteras.

Ella se levantó aún más blanca y su piel cereal resplandecía.

Un sonido de espuma filtrada por la arena
le impidió preguntar dónde había estado.

Vio que el amanecer abría en dos el mundo.

RESACA

Mi collar se balancea sobre tu rostro.
Te incito a que lo arranques.
Deseo que las horas, los días y los meses estrellen su vacío.

Así nadie podrá
contar las olas que cubren nuestro abrazo,
entre espuma y arena
ya invisible.

DIENTE DE LEÓN

Tendida a ras de suelo, contemplé tu estatura
sobrepasar apenas la minúscula flor que rozaba mi pelo.

Al inclinarse la esfera de polen radiante, vi que idéntica brisa
mecía tus cabellos:

el viento había imantado la distancia
en oro y levedad.

ANTIGUALLA

Kilómetros, cervezas, polen amargo.

La miscelánea de la carretera:
una pausa de penumbra jabonosa y parafina.

- ¿Puedo pasar al baño?

Umbrales de cortinas y de voces.
Al fondo, efervescencia de alcohol dominguero
y el patio a reventar de puñales coloridos.

Más allá, una puerta de tablones y húmedo deslizamiento.

Entre esgrima de sol y telarañas, un zumbido gira
tachonando suciedades recientes.

Cerca de la cubeta vacía, el orificio herrumbroso.

A lo lejos, mugidos y rebuznos.

En la trastienda,
impecable y absurda,
una máquina antigua de escribir.

TIENDA EN VERACRUZ

En la tienda del puerto huele a aceite de oliva, sémolas maceradas,
ranciedumbre de Hispania Ultramarina.

Penetra el mar a marinarlo todo en la gran alacena de la infancia.

Y recupero el Viaje,
el primer viaje al mar, cuando mi madre
me iniciara en el llanto.

CAMPOS DE CASTILLA

En memoria de Antonio Machado

Planicie de horizonte inmóvil donde la uva escancia su secreto,
mientras los girasoles codiciosos
resuenan sus enjambres
saturados de sol.

Luz desdoblada en seda musical sobre la tierra roja,
sustento del olivo
que esparce sus cenizas
en la frente del cielo.

Claridad diseminada
ajena a todo continente
interrumpida sólo por aspas de molino
en cuadrantes de giro planetario.

Monumentos de espuma, que levitan
su estrato denso de almendra y miel,
se nutren sobre colinas suaves
mientras las dora la lentitud
del Ángelus pausado.

BODEGONES

Macerado en batallas amorosas
donde los cuerpos vierten íntimas sales
el serrano, suntuosa piel de sangre,
nos tienta.

Aroma de maderas exquisitas
íntimo bargueño donde el Amontillado
serena sus blasones.

NAIPES

A María del Carmen Sagüés.

Tengo una amiga.
Si el As de corazones tuviera rostro, sería ella.

Su redondez discreta
acalla a cada instante el disturbio de fuego que la agita.

Ama las miniaturas y los cactus, corazones capaces de impulsar
kilómetros de sangre sin cansancio.

Un día me invitó a un viaje de castillos y bosques; yo no supe escucharla
y aquí estamos,
confinadas a los naipes;
ella, corazón rojo,
y yo
corazón negro.

CIRCUITO INTERIOR

Lejos de su pueblo,
hueso contra hueso se sostiene
bajo la telaraña de un árbol enclenque.

Su sombra menuda fija la fuga de automóviles.

El sudor le dibuja
ese mapa sin nombres
que agrega un día más a cualquier día.

Bajo el árbol raquítico
lo veo cubrirse el rostro,
su mano es el translúcido follaje
de carne tornasol
donde fluctúa una nube
verdinegra de pájaros.

PUENTE DE OJUELA

La fuga es un sonido cada vez más distante, agudo.
Aturde su lentitud de giro planetario.

Todo punto es umbral si el esplendor trepida.

Libre de gravedad, camino por el puente suspendido;
es un teclado de aire su maderamen:
A escala del silencio, sus durmientes percuten el paisaje.

La avenida de líneas me traslada
hacia un nuevo horizonte vertical.

Sólo mis ojos saben de equilibrio, y clavan su fijeza
colgados de la luz
en el borde imantado.

PASADIZO DE KEOPS

Seré ojo que atraviese el flanco pétreo de su hermética mole
apenas perforada por un rayo de Sirio.

¿A qué velocidad,
mi pupila-proyectil despedirá su impulso
por esa rampa aguda,
al trasponer su límite la estrella?

SOLILOQUIO

Voy a mirar de frente máscaras y espejos cuando te calles.

Quiero girar el cuarzo en la ventana,
desmayarme en el perfume intenso de la yerba.
Escucha el tableteo de la lluvia sobre el escondite y salta de una vez
hacia mi órbita.

Mientras sigues rumiando tu fracaso,
el olor de tu cuerpo llena el aire como una maldición,
y me excitas, *mea culpa*.
Se clava entre mis muslos una hoja de acero que se derrite en vano
mientras tú, sin notarlo,
esperas en mis ojos algún signo
de blanda compasión.

EL GUARDIÁN

Incrustado en el monte, sus mil bocas succionan adrenalina y vértigo.
Con su raíz mutante ha desafiado todo derrumbe, y asciende,
gigantesco crustáceo vegetal, aferrado a la plétora de humus
que lo nutre de miedo y equilibrio.

Su tronco, siempre bifurcado, clava su río vital en el torso del cerro
y hace del corazón de la madera un huéhuatl poderoso.

Caen desde la bóveda sombría los frutos magros, y suena su orfandad
como un leve reclamo, para que fluya el agua de la vida
del pezón a la sed.

Crujen en la hojarasca nuestros pasos y se despierta un limbo bajo el sol,
placentas sumergidas arrullan el silencio.

Mudos nos alejamos.

OAXACA

FLAMAS

1

Desde el chubasco de la regadera
respondes anticipadas mis preguntas.

Tu cuerpo resplandece en arterias de oro que escurren de tu pelo,
empapado por todos los diluvios.

Hay un olor a bosque humedecido, y a la luz de una vela
tiembla mi corazón.

En tus ojos el fuego rasga noche de lirios.

2

Había dos camas. Las desvestimos,
las anudamos juntas con una sábana.

Nuestros cuerpos ardorosos se tendieron en cruz sobre el tajo abismal.

Un puente de cinturas cabalgó noche abajo
el río del misterio.

43

3

Era color de fuego, memoria incandescente desdoblada en tres rostros.

La escultura de piedra revivía su relieve entre dos lumbres:

la hoguera de tu mano y la flama sedosa de una vela.

URNAS

1

Grecas porosas, flores penetrantes.

Ingrávido conjuro de voces nunca oídas.
Espacio donde surge una canción para no recordarse,
y padecer su ausencia a intervalos de noche.

En Mitla flota un patio
laurel y bugambilia;
inútil protegerse tras cristales,
la vibración lo transfigura todo.

Caminemos, no hay nadie.

Humo azul de maíz se sacrifica al fondo de jacales;
sobre la dulzura de un rebaño cae
la impía luz cenital.

Los nombres se evaporan.
Nadie ha medido esta lentitud.

Estamos más desnudos bajo la ropa;
el aire quieto no toca el sudor.
Nada se mueve a la una de la tarde.

Vayamos a la sombra; se adivina
una frescura de pájaros
que atenúa la estridencia del mezcal.

Monte Albán es la altura del viento rasante.

Hay un árbol que agita su multitud oceánica
y forma un tumultuoso umbral de clorofila;
sólo allí calla el polen su hipnosis
y comienza el dominio del pasmo en las plazas volátiles.

Un ala transparente ha sofocado la agonía del sol.

Mientras contemplamos el atardecer entre ruinas,
un niño viene hacia nosotros; en su mirada el cobre
serena sus incendios.

Sin palabras extiende su mano: puño de terrón seco estallado en raíces,
polvo de surco y fosa donde duerme
éxtasis milenario
la deidad zapoteca de tres rostros.

En el pubis y el torso hay erotismo y muerte
en ascendente lucha hacia rostro sereno.

Por unas cuantas monedas,
aquel niño entregó, sin discutir, esa energía presa en dos mil años.

Ya en mi mano, sentí
la descarga de un rayo fulminar los tres rostros:

Logos, eros y thanatos, se unían para siempre.

El niño silencioso sigue ante nosotros,
atesora en sus manos la última inquietud enfebrecida.

Por sus ojos azules, cerraduras de infinito recortado en arcilla,
atisbamos el mar.

En Oaxaca el mar se esconde y nos observa; siempre lleva ventaja.
Cuando lo descubrimos, es que nos ha cercado sin remedio.

¿Recuerdas los tres rostros?
¿Desde dónde nos miran ahora?

Si se empieza a caer no hay retorno.

Una culpa remota asaetea tus párpados.
No te perdonas haber perdido la escultura sagrada;
nadie puede contra lo irremediable.

Sentenciados al estancamiento,
a la obsesión del mar, al degüello del alba,
imploramos el rostro que perdimos.

CARRETERA

En una sola grieta cabe el mundo.



Agujas entre lajas,
las *Cantigas de Santa María*
curvan el tiempo.

Inmensidad plagada de oraciones.

Trashumantes seguimos
eterno *Viaje a Ixtlán*.

TONATICO

1

Breve inmensidad donde la luna oculta su nácar transparente
y las molduras yerguen senos calcáreos.

Hay un canto que aparta de nosotros toda borrasca,
y los umbrales brillan,
limpios ya, sin pasado.

2

Lujo de cal y de papel en blanco;
el viernes de cervezas y plegarias rezuma su futuro:
el juego que se pierde y que se gana,
sin darnos cuenta.

3

Entre manos y pan todo es sencillo;
vive Parménides en las cocinas,
y el ser, es.

Humea la Diosa de la Verdad.

En tanto, el dominó
teje su red de apariencias
para atrapar la noche en el azar.

4

Torrencial se precipita la belleza.
El Barroco es así, y el pueblo no lo sabe.

5

Sombra de la araucaria.
Simetrías que exorcizan al relámpago.

6

Un azul electrizado abre su ojo en la esquina más dura,
y no es la sombra, es la negrura en bloque,
la avanzada del riel que no penetra
el vientre
y sus hipótesis.

7

Liquidez sin final para envolver mis ojos
y atenuar el tumulto de la respiración,
y disolver esa inquietud sacrílega
que infiltra toda carne.

Nubes en el estanque de obsidiana,
habla Tezcatlipoca.

PUEBLA

TARDE

Abre febrero una vez más su parábola.
Una custodia de ángeles rodea, como entonces, la catedral.

Árboles que se apagan y fuentes que se encienden.

Mis lágrimas, que ayudan al crepúsculo a borrarse,
me conminan al refugio.

Envuelta por incienso y cera, ante el dolor suntuoso del viacrucis,
avivo la certeza de la herida:

En el atrio aún tibio,
donde la noche estrena su reposo,
no volveré a abrazarte.

PLAZA DEL ARTISTA

La humedad despertó a las estatuas; algunas respiraron
sofocadas por sus santos dolores; las otras, más desnudas,
buscaron abrazarse a media plaza;
pacientes, esperaron la oscuridad total
para subir a saturar habitaciones
con palabras de mármol en carne viva.

CONTRALUZ

Oscurece en el Barrio del Artista;
se proyectan arcadas encendidas por focos prematuros,
bajo cuyas esferas el carpintero labra los maderos.

Por el zaguán entran y salen niños que se envuelven
en serpentinas fugaces y polvaredas áureas de aserrín.

Una niña, jugando, se prende a los barrotes y la verja se abre;
su silueta extendida a contraluz
es fiel de la balanza.

X

Resplandeciente cruz de San Andrés,
sella la intimidad por un instante.

CUAUHTINCHAN

Las nubes erigen su esplendor carnal;
multiplican la opulencia
del paisaje que asciende.

Este silencio filtra rumores de la savia.

Caravanas de hormigas recorren continentes;
y al trasladar enormes parasoles ciudades ambulantes se deslizan.

Bajo la poderosa lente solar,
en los poros del aire navegamos
mientras cruje la tierra a nuestros pies.

En el cielo, al alcance de la mano,

un cúmulo de pomas
deslumbrante.

MERCADO DE CUETZALAN

Las manos eran flores.

La carne sudorosa balanceaba sus tallos;
con su savia de impulsos vegetales
erguía yemas lácteas en frescor de viento,
inaugurando el tacto de los brotes.

YOLIXPAN

Junto al farol cercano se gestaban listones;
los ovillos de seda, al girar,
esparcían palacios fugaces.

Mariposas de niebla cruzaban los balcones para desvanecerse
bajo la vigería resinosa.

Nos sirvieron dos copas de *Yolixpan*:
verde tierno de especias, recién anochecido.

Al salir
el contundente volumen de la iglesia se había esfumado.

CONVENTOS

Disponían los nardos en floreros de bronce, bajo arcadas.

Sus rebozos, sombríos incensarios, dispensaban perfume,
y los niños terrosos que jugaban salpicando sus cuerpos,
repetían entre risas el escaso bautismo
que no borra la sed.

Don Joaquín se ignoraba dueño de los aljibes y del campanario;

lo descubrió la tarde en que siguió a los jóvenes hasta lo alto de la torre
para sorprenderlos bebiendo rojo vino;
dispuesto a amonestarlos, no se pudo rehusar, y se mojó los labios
con la misma botella,
transida de horizontes, murciélagos, herrumbre.

Los aljibes del convento siempre están cerrados.
Compuertas de óxido gritan, si la luz turba su levedad de insectos.

El agua ciega presiente la fiesta de San Juan,
cubetas que entrarán una y otra vez a saquear su frescura.
Gotas que olvidaron suavidades de hierba caerán sobre los cuerpos
cálidos, semidesnudos.

Aguas decantadas en agujijón y espinas consumirán, año tras año,
el desuello ritual de la carne, que finge su bautismo,
bajo la sanguinaria hoz del mediodía.

En vez de respirar velámenes de viento en las alturas, reposa
aprisionando su lenta digestión de oscuridades.

La campana mayor allí en el suelo, justo frente a la entrada de la iglesia.

Uno siente, al acercarse, que la tierra bajo ella es un círculo fresco,
succionado por boca metálica y rotunda.

Junto a la extensa grieta que recorre su cuerpo, reza un cartel:

DEPOSITAR MONEDAS PARA LA REFUNDICIÓN.

Sonó el destello al fondo de la gran alcancía;
fue un eco anticipado, eslabón del injerto que al soldar fracturas
redondeará la vibración oceánica,
donde expande sus voces
la distancia.

DE PROFUNDIS

1

Tan ajena al ascenso, la tierra exhibe paladares ávidos.

Tendamos la mortaja sin memoria sobre aquellos cadáveres.

Sudarios confundidos en el polvo, elevemos un canto
sobre el féretro altar carcomido de aves,
donde ángeles soplan su deseo,
a espaldas de la luz.

2

Minutero de hormigas, los santos degollados sueñan a tientas flores,
espadas, peces. Sus manos desmoronan yeso de insomnio.

Un recorte de sol danza en marcos vacíos;
ventanas abismales,
donde tú y yo soñamos
disolvernos.

3

Colocaste un espejo invisible, y la ventana de aire quedó quieta.

Sentí caer la seda a nuestros pies

y la tinta del salmo
retumbó de
negrura.

4

Arquería de lluvia, opacidad.

Incrustados, inmóviles, añorando ser piedra,
oímos el lamento desolar los caminos
hasta barrer galopes y rescoldos.

CONTORNOS

ÓCULO

Una mucosa turbia
confinada en madera se interpone.
Forcejeo con su firmeza anquilosada.
Como un insecto en ámbar suspendido,
In vitro está el retablo de inflexiones angélicas,
Retumbo y rechinar de dientes aferran su debilidad
a los enormes clavos que aseguran
marco y cristal grasiento en su lugar
según designios en fortaleza
de cal y canto.

CÁLIZ - CLEPSIDRA

Luna de escarabajo en giro eterno.
Límites mercuriales del sonido
extienden su reverberancia.
Disponiéndose al asalto
enfrentan los abismos.
A espaldas del reloj
alumbran
otro instante.
Ese instante de más
es sumergir las manos
en los pliegues del muro,
ceñir el cordón de espinas,
reconocer un áspero sayal,
y navegar el río demorado
entre ascuas que tiemblan.

YERBAJO

Cedió
con facilidad
de cabellera postiza.
Al arrancarla
el suelo endurecido
mostró rasguños
superficiales.
Esa madeja verde
era tan sólo
un estropajo
hambriento
de incorporar
a su tejido
el polvo incauto
que el rocío
sorprende.

CAVERNA

Apagada y oscura calcinación
hasta horadar el tímpano de bronce.
Espirales que sueñan un reposo sin pausa
sobre nuestro sudor.
Aliento mineral que fragua estelas
y nos nubla la vista,
y nos congela inmóviles,
imantados al nicho
desde siempre.

C
a
r
d
i
a
v
e

Solté tu corazón en la fuente de piedra.
Absuelto y silenciado por el agua
desenhebró su llanto rojo y rojo.
Al duplicarse
un pájaro
en la orilla,
la sangre
se hilvanó
al surtidor del trino.
Volvió la transparencia.
Dándose a luz, el ave se hizo vuelo.

